

Jóvenes, estratificación social y oportunidades laborales.

Pablo Ernesto Pérez⁸⁴

Resumen

El objetivo del trabajo es discutir las maneras en que la posición de los jóvenes en la estructura social condiciona sus posibilidades de inserción en el mercado de trabajo. Para ello se utiliza una aproximación empírica a la clase social basada en Torrado (1998), la cual es adaptada a la información disponible en la Encuesta Permanente de Hogares para el año 2003. A partir de esta estratificación se analizan diversos indicadores que dan cuenta de la participación de los jóvenes en el sistema educativo y en el mercado laboral. Las conclusiones giran en torno a la existencia de una estructura de oportunidades muy desigual, sesgada a favor de aquellos jóvenes que provienen de clases sociales media y alta.

Palabras clave: jóvenes – mercado de trabajo – clase social educación.

Abstract

The aim of the present work is to discuss the ways in which the position of youth in social structure affects their possibilities of labour market insertion. We use an empirical approach to social class based in Torrado (1998), which is adapted to the information available at the Permanent Household Survey for 2003. From this stratification we discuss various indicators in order to show the participation of youth in the educational system and the labour market. The conclusions shed light on the existence of a unequal opportunities, biased in favor of those who come from middle and upper social classes.

Keywords: Youth labor market social class education.

Recibido: 20.05.2010 Aprobado: 04.09.2010

⁸⁴ Doctor en Ciencias Económicas (Université de Paris-Est) / Doctor en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires). Investigador del CEIL-PIETE/CONICET.

1. Introducción

Es conocido que el nivel educativo de los jóvenes condiciona sus posibilidades de acceso al mercado de trabajo. Aunque a nivel agregado los mayores niveles de educación que presentan los jóvenes respecto de los trabajadores adultos no les garantizan mejores perspectivas de inserción laboral, a nivel individual mayores niveles de educación están asociados a una mayor probabilidad de obtener un empleo. Pero ¿Qué determina el nivel educativo del joven? ¿Se trata de una elección costobeneficio en función de sus futuros salarios o probabilidades de inserción? ¿Cada joven realmente “elige” hasta que momento permanecer en el sistema educativo? ¿O su situación frente a la educación va a estar condicionada por la posición que ocupa su hogar en la estructura social? En un segundo momento, una vez que los jóvenes alcanzan un cierto nivel educativo ¿Todos valorizan igualmente su diploma o existen diferencias según su origen social?

La búsqueda que guía este documento es determinar si la posición que ocupa el hogar de los jóvenes⁸⁵ en la estructura social condiciona sus posibilidades de inserción en el mercado de trabajo. Para determinar el origen social de los jóvenes utilizaremos una aproximación empírica a la clase social que toma como base el concepto de Condición SocioOcupacional (CSO), utilizado por Torrado (1994, 1998) para abordar relevamientos censales, el cual será adaptado en función de la información disponible en la Encuesta Permanente de Hogares (EPH). A partir de esta estratificación se analizarán diversos indicadores que dan cuenta de la participación de los jóvenes en el sistema educativo y en el mercado de trabajo.

La evidencia empírica corresponde al año 2003, momento en que comienzan a

recuperarse los indicadores económicos y laborales luego de la crisis de 2001-2002 ligada a la devaluación del peso argentino. Durante el año 2002 –inmediato a la devaluación del peso cae bruscamente el nivel de actividad económica y el desempleo alcanza a más del 20% de la población económicamente activa. A los efectos de contracción del empleo se agrega el fuerte impacto de la depreciación cambiaria sobre los precios y, en consecuencia, sobre los ingresos reales de la población. Esto provoca un deterioro de una magnitud sin precedentes de las condiciones sociales de la población, que deriva en un aumento significativo en los niveles de pobreza, que afectan entonces al 55% de la población. Para el año 2003 empieza a mejorar la situación económica y social, impulsada principalmente por la incipiente sustitución de importaciones producto del cambio en los precios relativos.

El trabajo consta de 5 secciones. La primera discute la pertinencia de utilizar la categoría de clase social como variable discriminadora para estudiar las posibilidades de inserción laboral de los jóvenes. Esta cuestión se resuelve en la segunda sección, en la cual se presenta un análisis de movilidad intergeneracional “inicial” que muestra una tendencia hacia la “reproducción” de las posiciones sociales entre los jóvenes y sus padres, lo cual sugiere la pertinencia de analizar la inserción laboral en función de la clase social de la familia. La tercera sección postula las definiciones metodológicas necesarias para el trabajo empírico desarrollado. La cuarta sección trata las diferentes formas de participación en el mercado de trabajo de los jóvenes de acuerdo al origen social de la familia. En la quinta parte se analiza de qué maneras el origen social condiciona las oportunidades de acceder a niveles educativos elevados y cómo, aún en el caso de acceder, las posibilidades de valorizar esas credenciales difieren para jóvenes que se encuentran en diferentes posiciones en la estructura

⁸⁵ En el presente trabajo se utilizará el criterio de la edad (15 a 24 años) para delimitar la población joven.

social. Por último, se presentan las reflexiones finales del estudio.

2. Estructura de clases y empleo de jóvenes

La sociología ha utilizado por largo tiempo la posición de clase como la variable independiente más fuertemente predictiva de la conducta de los actores. Ella determina las elecciones políticas, los gustos, los comportamientos, las oportunidades y las probabilidades de éxito (Dubet, 2003).

El paradigma de clase se transforma en predominante, principalmente en el seno de la sociología europea, entre los años 1960 y 70, esencialmente a causa del lugar central que ocupa la sociología del trabajo. Este paradigma busca la explicación de las conductas en las situaciones sociales, ligadas a su vez a situaciones de trabajo, más o menos explícitamente definidas como posiciones en las relaciones de producción. La pertenencia de clase, en tanto posición “objetiva” en las relaciones sociales de trabajo, explica a la vez las posibilidades de acceso a bienes y servicios, y en parte, las prácticas culturales y las actitudes “subjetivas” de los individuos (Dubar, 2003).

En los años ochenta varios trabajos empíricos europeos muestran que el sentimiento de pertenencia a una clase es minoritario y tienden a concluir en la pérdida de centralidad de la “clase obrera”. Las clases sociales tienden a desaparecer del discurso de intelectuales y políticos y ganan terreno visiones más individualistas.

En un mismo sentido, la sociología norteamericana discute la existencia de clases sociales, al observar que factores como la educación, los ingresos, la ocupación, la religión y la etnicidad aparecen como independientes unos de otros, de manera que individuos que ocupaban un rango alto en una dimensión podían tenerlo bajo en otras, lo cual impedía hablar de un sistema coherente de estratificación (Parkin, 2001). Para Dubar (2003), este cuestionamiento puede vincularse a la pérdida de centralidad del

trabajo en las llamadas “sociedades postindustriales” ¿Cómo reducir a una situación de trabajo y a una “posición de clase” cuando se pasa de empleos precarios al desempleo, de empleos amenazados en un sector a empleos muy diferentes en otro? La complejización de trayectorias profesionales desafía toda tentativa de reducción a determinaciones simples (Dubar, op.cit.).

Dubet (2003) postula que la causa de la pérdida de relevancia de la noción de clase debe buscarse en las mutaciones sociales en el orden de las relaciones de producción, en el dominio de las identidades, donde la cultura de masas ha erosionado las culturas de clase. La ampliación de la enseñanza secundaria a todos los jóvenes, si bien no ha reducido significativamente las desigualdades, impuso a todos los jóvenes los mismos modelos. La clase social ya no sería el indicador más eficaz de las actitudes y comportamientos; el sexo, el diploma, la trayectoria personal, el origen étnico, el barrio de residencia serían variables más relevantes que la sola pertenencia de clase (Dubet, op.cit.).

Esta discusión se traslada también a América Latina, destacándose la pérdida de relevancia de los estudios de estratificación y movilidad social frente a aquellos que estudian problemas de pobreza y exclusión social (Filgueira, 2001).

¿Por qué analizar las posibilidades de inserción laboral de los jóvenes desde el punto de vista de las clases sociales? ¿Qué aporta adicionalmente al enfoque tradicional de estratificación por ingresos?

En términos generales puede decirse que mientras que los enfoques que estratifican a la población por niveles de ingresos, o según condición de pobre/no pobre del hogar, se limitan a mostrar diferencias (en el acceso al mercado de trabajo, a la educación) en una escala, utilizar una estratificación por clases sociales busca identificar mecanismos causales que ayuden a interpretar diferencias en la

estructura social que trascienden el ingreso. La diferencia radica en que se trata de una clasificación relacional, en el sentido que la posición de clase de unos está vinculada a la posición de clase de otros. En la misma línea, Portes y Hoffman (2002) señalan que el análisis de clase permite explorar las causas y procesos que llevan a la desigualdad, y no sólo sus manifestaciones superficiales.

En última instancia podemos acordar que “el análisis en términos de clase es útil ya que se resiste a la disolución de la idea de sociedad y de estructura social detrás de la imagen de una yuxtaposición de mercados en los que actúan átomos individuales...” (Dubet, 2003).

No obstante, en el presente texto vamos a determinar la pertinencia o no de utilizar la clase social como variable discriminadora para estudiar las posibilidades de inserción de los jóvenes en el mercado de trabajo a partir de un análisis de movilidad intergeneracional “inicial”.

3. Estratificación social y movilidad intergeneracional

“Una sociedad cuyas fronteras de clase son impermeables es una sociedad donde la clase social asigna el destino de las generaciones futuras” (Chauvel, 2001).

Usualmente se examina la movilidad intergeneracional para analizar la existencia de cambios en las posiciones sociales (ocupacionales) de una familia en el mediano/largo plazo⁸⁶. No obstante, el presente texto indaga la existencia de movilidad para juzgar la pertinencia o no de la utilización de la variable clase social como explicativa de las diferencias de inserción laboral.

En caso de una elevada movilidad social intergeneracional no tendría sentido

utilizar la clase social como variable discriminadora, mientras que en caso contrario sí sería pertinente, dado que cuando un sistema de clases está fuertemente constituido, mayores son las resistencias a los intercambios entre clases de una generación a otra (Chauvel, 2001).

El cuadro siguiente señala cierta movilidad social intergeneracional “inicial”, dado que se refiere a posiciones de jóvenes, que en su mayoría no llevan mucho tiempo en el mercado de trabajo. Es decir, no se trata de la posición definitiva que alcanza en el mercado de trabajo y no puede establecerse si con el transcurso del tiempo va a mejorar su situación ocupacional, moviéndose hacia posiciones superiores en la escala social.

⁸⁶ Un análisis de la movilidad social como fenómeno requiere de un tratamiento con técnicas más específicas que excede los alcances del presente texto. Para un análisis de esta perspectiva en Argentina ver –entre otros- Beccaria (1978), Jorrot (1997, 2000), Espinosa (2007), Chavez Molina y Gutiérrez Ageitos (2009), Chavez Molina y Molina Derteano (2009).

Tabla 1. Correspondencia entre grupo ocupacional de los jóvenes (no jefes) y el correspondiente al jefe de hogar. Mayo de 2003

Jefes de hogar	Jóvenes	Técnicos, Supervisores	Empleados, vendedores	Trabajadores especializados	Trabajadores no especializados	Empleados domésticos	Total
Directivos		14,3%	54,2%	18,7%	11,6%	0,2%	100%
Profesionales		11,8%	52,0%	16,5%	8,5%	5,8%	100%
Técnicos, Supervisores		12,0%	35,1%	28,4%	18,7%	1,8%	100%
Empleados, vendedores		5,2%	48,3%	16,7%	22,7%	4,5%	100%
Trabajadores especializados		7,3%	23,3%	32,1%	30,2%	6,6%	100%
Trabajadores no especializados		5,8%	13,5%	24,3%	42,9%	13,2%	100%
Empleados domésticos		2,6%	27,3%	18,3%	30,3%	21,3%	100%
Total		7,8%	29,4%	26,3%	28,1%	7,2%	100%

Nota: No fueron incluidas las columnas correspondientes a los jóvenes directivos y profesionales dado que su coeficiente de error era muy elevado (por su escasa cantidad). Fuente: elaboración propia en base a la EPH.

La diagonal sombreada en el cuadro precedente muestra una tendencia hacia la “reproducción” de la mayoría de las categorías sociales. Es decir, los jóvenes activos (ocupados o buscando activamente trabajo) tienden a ocupar (al menos inicialmente) las mismas categorías sociales que ocupa el jefe de hogar⁸⁷.

Una excepción la plantean los jóvenes de hogares cuyo jefe se encuentran en la parte más alta de la estructura social (directivos y profesionales) ya que el lugar ocupado por sus hijos en la estructura ocupacional no se corresponde (al menos en este momento de su vida, cuando son jóvenes) con el de sus padres, sino que alcanzan inicialmente posiciones laborales como técnicos y supervisores o como empleados y vendedores (columnas 1 y 2). Claramente, esta situación tiene que ver con su edad, con el hecho de que estamos analizando una movilidad intergeneracional “inicial” en jóvenes que en su gran mayoría aún no poseen edad para haber completado sus estudios

⁸⁷ Dado que se trata de una movilidad intergeneracional inicial, es decir que trabajamos con jóvenes de entre 15 y 24 años que aún no tienen un lugar definido en la estructura social, es que decidimos no utilizar indicadores más tradicionales en este tipo de estudios como los porcentajes de movilidad ascendente (parte inferior izquierda de la diagonal principal) y descendente (parte superior derecha de la diagonal principal), movilidad estructural, índice de inmovilidad, etc. Para una utilización de estos indicadores con datos argentinos ver Jorrat (2005).

universitarios (y por lo tanto ocupar una posición afín) o para ocupar cargos como directivos (de allí su baja relevancia empírica y elevado error asociado).

En líneas generales, la movilidad intergeneracional inicial es de tramos cortos. Es decir, los jóvenes pueden presentar un ascenso o un descenso pero a una categoría cercana en la estructura social a la correspondiente a los jefes de hogar. Los casos de ascenso ocupacional (se observa en el área abajo a la izquierda de la diagonal principal del cuadro de movilidad intergeneracional), hay que tomarlos con precaución pues en muchos casos puede tratarse de una movilidad espuria, dado que “las recompensas asociadas a los puestos son menores que antaño” (Espinoza, 2007). O sea que puede tratarse de empleos de mayor jerarquía en la estructura ocupacional pero que tengan asociados peores salarios y condiciones de trabajo que los puestos de menor grado que ocupa(ba)n sus padres.

La importancia de la diagonal principal, así como la existencia de “movilidades cortas”, refuerza la idea de una tendencia hacia la “reproducción” de las posiciones sociales entre los jóvenes y sus padres⁸⁸. Esta situación sugiere la pertinencia de analizar la inserción laboral en función de

⁸⁸ Tendencia compatible con la encontrada en Buenos Aires, donde existirían barreras de protección al descenso como de bloqueo al ascenso (Kesler y Espinoza, 2006).

la clase social de la familia (en nuestro caso medida por la correspondiente al jefe de hogar).

Eckert (2002) destaca que generalmente los análisis de movilidad social intergeneracional comparan posiciones ocupadas en la jerarquía social por individuos empleados, ignorando la situación de aquellos, que a causa de las tensiones del mercado de trabajo, quedan en situaciones alejadas del empleo (desocupados, inactivos, excluidos). En el mismo sentido Chauvel (s/f) remarca que las desigualdades no son simplemente en términos de posición en la jerarquía socio profesional, sino también, y cada vez más, en términos de acceso al empleo, de riesgo de desempleo y de precariedad. En nuestro caso podríamos decir que en períodos de desempleo masivo, donde existe una gran competencia por los escasos puestos de trabajo, esta situación tiende a agravarse.

Por esta razón creemos relevante analizar las posibilidades de inserción laboral de los jóvenes según un indicador que refleje la estructura de clases vigente en nuestro país.

4. Clases, análisis de clase, y operacionalización del concepto

Para Wright (2004), la expresión “*lo que tienes determina lo que consigues*” captura lo esencial de un análisis de clases de las oportunidades de vida. Debido a que el interrogante que guía el presente documento es analizar hasta que punto el hecho de pertenecer a una determinada clase social afecta las posibilidades de inserción laboral de los jóvenes, y que el trabajo remunerado (resultado de esa inserción) es central para determinar los ingresos y consecuentemente las oportunidades de vida de esos jóvenes, rescatamos la pertinencia de esta perspectiva. Queda abierto qué rango de recursos o activos deben ser incluidos en “lo que tienes” y que clase de resultados son incluidos en “lo que consigues”. Hay autores que presentarían un repertorio amplio de recursos mientras que otros sólo se limitarían a unos pocos. Entre los primeros, Wright destaca a Bourdieu, que

incluye tanto activos financieros (capital en el sentido más conocido), como habilidades y conocimientos (capital humano) y capital cultural. Entre los segundos, destaca a Marx, para quien los únicos activos que realmente importan para definir una clase en las sociedades capitalistas son el capital y el trabajo. Weber se ubicaría en una posición intermedia, ya que incluye las habilidades como un recurso que da forma a las capacidades de mercado y de este modo a las oportunidades de vida. Finalmente, neoweberianos como Goldthorpe suman a esas capacidades de mercado atributos específicos del puesto de trabajo, tales como la autoridad y la responsabilidad por tareas técnicamente complejas, que también afectarían las oportunidades de vida de esas personas (Wright, 2004).

Se puede hacer un análisis de clase dentro de distintas tradiciones teóricas. Cualquier intento de síntesis de la abundante literatura teórica sobre el tema, por más ligero que sea, excede considerablemente los alcances de este trabajo⁸⁹, por lo cual nos vamos a focalizar en la cuestión de nuestro interés: la operacionalización del concepto. Es decir, queremos estratificar a la población por clase social, a fin de analizar como la posición en la estructura social del hogar afecta las posibilidades de acceder a la educación y al mercado de trabajo de los jóvenes que viven en él.

Empíricamente, los autores que más han trabajado las clases sociales son Goldthorpe (1980, 1983, 1992), desde una óptica neoweberiana, y Wright (1994, 1997, 2004), desde una visión neomarxista. La visión neoweberiana tiende a relativizar las relaciones de propiedad y a enfatizar la estructura ocupacional. En su clasificación, Goldthorpe combina categorías ocupacionales cuyos miembros serían comparables, por un lado, en términos de sus fuentes y niveles de renta, en su grado de seguridad económica y en sus posibilidades de mejora económica; y de otro, en su localización en los sistemas de

⁸⁹ Para un recorrido histórico y comparativo pueden consultarse –entre otros- los textos de Giddens (1991), Parkin (1991) y Wright (2004).

autoridad y control que rigen los procesos de producción (Goldthorpe, 1980). Por su parte, Wright extiende el esquema de clases básico del marxismo (burguesía, proletariado y pequeña burguesía) incorporando clases adicionales caracterizadas por su posición contradictoria respecto de las anteriores. Por ejemplo, los directores tienen características de la burguesía (control de los medios de producción) y del proletariado (participación en el trabajo). Para delimitar las clases, incorpora como bienes (además del trabajo y los medios de producción) a los que llama bienes organizativos (permiten diferenciar entre dirigentes y subordinados) y bienes de cualificación (diferencia trabajadores expertos de aquellos que no lo son). De este modo, la construcción empírica de las clases pasa de una concepción definida únicamente por la relación con los medios de producción, a una concepción de carácter multidimensional (González, 1992).

De este modo podemos observar, a pesar de las claras diferencias teóricas, un acercamiento entre ambos enfoques en lo referente a la construcción empírica de las clases sociales. Para Wright, la tradición marxista da una importancia menor a los recursos relevantes para determinar las oportunidades de vida, porque su concepto de clase se vincula más estrechamente con otros interrogantes tales como la emancipación social y las variaciones históricas en la desigualdad. De esta manera, cuando autores neomarxistas investigan el problema de las oportunidades de vida, a menudo incorporan ideas weberianas en su análisis de clase (Wright, 2004)⁹⁰.

De acuerdo a Carabaña (1995), los esquemas de clase son construcciones teóricas que nos ayudan a comprender la realidad, por lo cual sería un error plantear una dicotomía entre esquemas verdaderos o falsos. La elección de una clasificación u otra depende entonces de la perspectiva

⁹⁰ Para una aplicación de los modelos de Wright y Goldthorpe, con datos del área metropolitana de Buenos Aires, ver Jorrat (2000).

teórica que utilice el autor, del tema a investigar, de la disponibilidad de información, etc. En el presente texto utilizaré el esquema de clases utilizado por Torrado (1994, 1998), adaptándolo a la información disponible en la Encuesta Permanente de Hogares argentina. La elección de esta categorización se basa en que la misma es apta para analizar las oportunidades de vida de la población, “se adapta a las categorías utilizadas en la cultura política argentina” (Torrado, 1994), y esencialmente, porque es factible de realizar a partir de la fuente elegida (EPH), permitiendo identificar un número relativamente pequeño de agrupamientos socioocupacionales, bastante homogéneos en cuanto a las modalidades de inserción de sus integrantes en la actividad económica, y que a su vez tienen una frecuencia estadística representativa. La operacionalización del concepto “clase social” presenta muchas dificultades y es necesario tomar múltiples decisiones metodológicas, cuestión que se intentará resolver en la próxima sección.

5. Definiciones metodológicas para el trabajo empírico

“Todo investigador social que se haya enfrentado alguna vez a la tarea de diferenciar una población según clases y estratos sociales, en base a información cuantitativa, conoce las extremas dificultades que plantea tal cometido(...) todas las cuestiones metodológicas involucradas son poco convencionales y de escasa tradición en la bibliografía especializada”

Susana Torrado (1998)

Como se deriva de la cita que comienza este apartado, la estratificación de la población según “clases sociales” conlleva tomar múltiples decisiones metodológicas, todas ellas susceptibles de cuestionamiento, que serán brevemente detalladas a continuación⁹¹. Utilizaremos

⁹¹ Dado que nuestro ejercicio empírico consiste en estratificar la población en base a su “posición social” siguiendo la metodología utilizada por Torrado (1994, 1998) para el Censo Nacional de Población de 1980, pero en nuestro caso adaptada a la Encuesta Permanente de

como fuente primaria de información la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) para el total de aglomerados urbanos del país (29) para el relevamiento de mayo de 2003 (último realizado antes del cambio de metodología). La naturaleza de la fuente utilizada no la hace apta para la operacionalización de categorías teóricas que involucren información cualitativa, de manera que quedan fuera del análisis determinaciones superestructurales de tipo jurídicas, políticas e ideológicas (Torrado, 1998). Es decir, que la operacionalización del concepto clase social se limita a considerar sólo las prácticas principales que definen la “posición social” de cada persona, con abstracción de las prácticas jurídicopolíticas e ideológicas que también constituyen determinaciones propias de clase (Torrado, 1998). Sin embargo, creo que este tipo de trabajos empíricos, a pesar de sus cuestionamientos, dan un paso adelante en la comprensión del fenómeno y sientan bases para discusiones posteriores. Definida de esta forma, la “estructura de clases” designa la repartición de las personas en las diferentes posiciones que son definidas por las relaciones de producción y los procesos sociales que tienen lugar en un sociedad concreta (Torrado, 1998). Para la construcción de los indicadores de la posición social de los individuos, se tomará como base el concepto de Condición SocioOcupacional (CSO), utilizado por Torrado (1994, 1998) para trabajar con relevamientos censales, el cual será adaptado en función de la información disponible en la EPH. Este nomenclador (CSO) es considerado por la autora como idóneo para la operacionalización de distintos enfoques teóricos (Torrado, 1998). Específicamente, en el diseño del nomenclador de CSO la autora establece una suerte de “compromiso” entre los tres enfoques teóricos más utilizados para estratificar un universo poblacional: el funcionalista (la pertenencia a estratos sociales ordenados jerárquicamente se define a partir de la

Hogares, las principales “decisiones metodológicas” fueron análogas a las adoptadas en los referidos trabajos.

función que cada persona desempeña en la sociedad), el materialista histórico (son las relaciones de producción las que definen un esquema de posiciones sociales) y aquel que denomina “estadístico” o “pragmático”(busca definir categorías nominales homogéneas desde el punto de vista de la condición socioocupacional). En un segundo momento, se reagrupa la CSO de acuerdo a un principio clasificador de la “clase social” siguiendo más “la forma simbólica en que dichos colectivos existen en la cultura política argentina, que una adhesión explícita a alguna de las incontables teorizaciones existentes...” (Torrado, 1998).

¿Cuál debe ser la unidad de análisis para realizar la estratificación social? ¿El individuo (el joven) o la familia? La gran mayoría de las investigaciones sobre el tema toman a la familia como unidad de análisis dado que usualmente comparten un estándar de vida y condiciones materiales similares y utilizan la posición en el mercado de trabajo de los hombres como indicador de la posición de clase de la familia. Otros miembros del hogar, como esposas (y jóvenes), al no tener similares oportunidades en el mercado de trabajo, derivarían su posición de clase de la del jefe de familia (Goldthorpe, 1983; Jorrot, 2000). No obstante, esta postura no es unánime sino que es principalmente cuestionada por aquellos que investigan la desigualdad de géneros en el mercado de trabajo, dado que con la creciente participación laboral de las mujeres, suele pasar que ambos miembros de la pareja trabajen y puedan tener empleos en posiciones de clase diferentes. La misma situación puede ocurrir en el caso de jóvenes no jefes de hogar que trabajan.

Como el objetivo del presente documento es analizar la condición de actividad de los jóvenes de acuerdo a su “origen social”, se seleccionará la posición de clase de la familia y no la del joven. En segundo lugar, para determinar la posición de clase familiar se utilizará la posición de clase del jefe de hogar, sin distinguir si se trata de un varón o una mujer.

Dado que se trata de una primera inserción (dada su condición de joven) es probable que a medida que acumule experiencia se “acomode” en la escala social hasta alcanzar su posición definitiva (probablemente en su edad adulta), posición que puede ser diferente de la que detenta cuando es joven. Además, hay una considerable proporción de los jóvenes a los cuales no se les puede asignar posición de clase por tratarse o bien de jóvenes inactivos o bien desocupados sin experiencia previa. Estas situaciones refuerzan la elección de la familia para determinar la posición de clase del joven. En las próximas secciones, para la construcción de las tablas por clase social, trabajamos con una muestra expandida de 4.3 millones de jóvenes correspondiente a 29 aglomerados urbanos del país. Sin embargo, en algunos cortes la representatividad estadística se ve cuestionada (el coeficiente de variación es mayor al 15%⁹²) por lo cual parte del análisis se efectuará sobre el promedio de las clases.

5. Posición en la estructura social y oportunidades laborales

La participación en la actividad económica de los jóvenes muestra, en cierta medida, las decisiones de los hogares de cada clase acerca de cuáles de sus miembros deben participar del mercado de trabajo para lograr los recursos necesarios para cubrir las necesidades del hogar. En este sentido, se aprecia una mayor participación laboral de los jóvenes de clase obrera respecto de los de clase media y de éstos últimos respecto de la clase alta, hecho que puede entenderse como una estrategia familiar de mandar más integrantes al mercado de trabajo ante la insuficiencia de ingresos en el hogar, producto o bien del desempleo o los bajos ingresos percibidos por el jefe de hogar. La inestabilidad laboral hace que todos los miembros del hogar aparezcan como una reserva de recursos a ser

movilizados en cualquier oportunidad de trabajo que surja (López, 2004).

En un contexto de descenso de la tasa de actividad de los jóvenes, se destaca la baja en la participación laboral de los jóvenes de clase obrera (su participación se asemeja a la de la clase media cuando diez años atrás existían 10 puntos porcentuales entre ambas), producto del retiro forzado de un mercado de trabajo que va excluyendo a aquellos jóvenes con menores credenciales educativas. También parecen existir limitaciones vinculadas a la dificultad de liberarse de compromiso, roles y obligaciones domésticas. Éstas deben ser consideradas en relación al salario que estos trabajadores/as pueden obtener en el mercado —en caso de tener hijos, el salario potencial debe ser suficiente para pagar a alguien que los cuide, el transporte, etc. En muchos casos, los salarios que les son ofrecidos no alcanzan a cubrir esa suma, por lo cual “deciden” permanecer en su hogar realizando actividades domésticas. En este sentido puede observarse que un grupo no despreciable de jóvenes se encuentra en situaciones de inactividad sin estar estudiando (no estudian ni trabajan) afectando principalmente a jóvenes de clase obrera y de hogares con jefes inactivos. Estos jóvenes van quedando fuera de los circuitos formales de la sociedad y “se refugian en las estructuras no visibles de la pobreza, la delincuencia o la marginalidad” (Salvia y Tuñón, 2002). En el otro extremo de la estructura social, los jóvenes de la clase alta ostentan la menor tasa de actividad, por lo cual se intuye que la familia intenta postergar su ingreso al mercado de trabajo con la intención de que continúen sus estudios.

⁹² Se trata especialmente del caso de los jóvenes que viven en hogares con jefes profesionales, tanto asalariados como cuentapropistas, y peones autónomos.

Tabla 2. Inserción laboral de los/las jóvenes según origen social. Total aglomerados urbanos Año 2003.

Clase		Actividad	Empleo	Desocupación	Trabajo informal	Total	
Alta		Directores de empresas	32,1 %	29,2 %	9,0 %	23,2 %	9,8 %
Media	Asalariados	Profesionales en función Específica (asal)	44,1%	33,9%	23,0 %	27,9 %	3,4 %
		Cuadros técnicos	38,9%	25,4 %	34,6 %	30,8 %	8,6 %
		Empleados administrativos y vendedores	42,2 %	27,5 %	34,8 %	46,8 %	13,3 %
	Autónomos	Profesionales en función específica (no asal)	29,3%	27,9 %	36,0 %	5,4%
		Pequeños productores autónomos	42,7%	30,7%	28,2 %	67,8 %	11,1 %
Promedio Clase media			41,0%	28,6 %	30,2 %	49,2 %	10,1 %
Obrera	Autónomos	Trabajadores especializados autónomos	41,5%	28,4 %	31,6 %	61,3 %	17,1 %
		Asalariados	Obreros calificados	41,6 %	26,1%	37,6 %	44,1 %
	Obreros no calificados		48,0 %	29,1%	39,3 %	49,0 %	29,9 %
	Trabajadores marginales	Peones autónomos	58,8 %	41,3 %	29,7 %	83,6 %	50,1 %
		Empleados domésticos	52,6 %	35,4 %	32,8 %	74,0 %	22,2 %
Promedio Clase obrera			44,3 %	28,6 %	35,4 %	55,0 %	23,0 %
SE- Inactivos			36,2 %	24,0%	33,9 %	49,9 %	22,6 %
Sin especificar			39,5 %	25,8 %	34,7 %	32,4 %	24,0 %
Total			41,6 %	27,6 %	33,6 %	50,8 %	19,5 %

Fuente: elaboración propia en base a la EPH.

A pesar de presentar desiguales tasas de participación laboral, movilizándose distintas cantidades de mano de obra hacia el mercado de trabajo, no existen diferencias considerables en la tasa de empleo de los jóvenes de cada clase social. Las clases obrera y media no profesional obtienen peores resultados ocupacionales que la clase alta, ya que presentan tasas de desempleo superiores. Dado que cada subgrupo no es un compartimiento estanco, se presume que los jóvenes de clase alta, habitualmente más formados, son los primeros en obtener los puestos de trabajo disponibles (y habitualmente los de mejor calidad). Por su parte, aquellos jóvenes provenientes de las clases bajas, sólo consiguen empleos inestables, quedan desempleados y/o directamente excluidos del mercado de trabajo. En efecto, a pesar de tener similares tasas de empleo, los jóvenes de diferentes clases sociales muestran marcadas diferencias en cuanto a la calidad del empleo que consiguen. En el presente trabajo se utiliza como indicador de la calidad del empleo la noción de

informalidad⁹³. Se incluyen aquí relaciones laborales, que en la mayoría de los casos se alejan del típico vínculo salarial, y que comprenden un universo heterogéneo desde el punto de vista de las actividades y ocupaciones, donde las condiciones de trabajo resultan poco seguras; los ingresos de los trabajadores se encuentran por debajo de los formales; el acceso a la protección social es deficiente y la explotación y la violación de los derechos de los trabajadores son prácticas habituales (OIT, 2001). La informalidad es un fenómeno generalizado presente en todas las clases sociales, pero no es homogéneo para todos los jóvenes. La tasa de informalidad de los jóvenes de clase alta es considerablemente inferior (menor a la mitad) que la correspondiente a los jóvenes de clase obrera y media. Este empleo informal representa una forma de inserción laboral inestable que expone a los jóvenes a frecuentes situaciones de desempleo, cuando no encubre directamente la falta de

⁹³ Para operacionalizar el concepto de informalidad se adopta la metodología elaborada por la Organización Internacional del Trabajo (OIT).

un empleo. Muchos jóvenes aparentemente ocupados como cuentapropistas son en realidad desocupados que se ven obligados a crearse un puesto de trabajo para poder obtener algún ingreso, por más magro que sea. Por lo general, se trata de experiencias inestables, de baja productividad, que suelen tener más una lógica de supervivencia o de “refugio” que una perspectiva laboral a mediano plazo.

¿Estas diferencias en las oportunidades de acceso al mercado de trabajo entre jóvenes de diferentes clases sociales se deben a las desiguales posibilidades que tiene de acceder al sistema educativo? ¿o el origen social aparece como una variable explicativa independiente del nivel educativo?

Para Eckert (1999) el origen social afecta de dos formas las posibilidades de los jóvenes de acceder a un puesto de trabajo. Primero, a igual nivel de formación, no todos los jóvenes acceden a iguales posiciones en el mercado de trabajo, dado que las posibilidades de aquellos de origen social humilde de valorizar su formación son menores que las de jóvenes de origen social más acaudalado. No obstante, según este autor, es antes de la entrada en la vida activa, cuando se juega la entrada a los diferentes niveles de formación, que el origen social interviene más contundentemente y produce las mayores desigualdades. En esta perspectiva, precisaremos cómo el origen social condiciona las posibilidades de acceder a niveles educativos elevados. Posteriormente, expondremos cómo, aún en el caso de acceder a niveles educativos elevados, las posibilidades de valorizar esas credenciales difieren para jóvenes que se encuentran en diferentes posiciones en la estructura social.

6. Origen social y posibilidades escolares

“La escuela, lejos de borrar las desigualdades sociales, tiende a transformarlas en castas escolares”
Saint Martin (1968)

De acuerdo al paradigma funcionalista, el sistema educativo se presenta como una

institución que tiene entre sus objetivos principales seleccionar a los jóvenes más talentosos, cualquiera sea su origen social, de manera de promover la igualdad de oportunidades (Trottier, 2001).

Sin embargo, este paradigma fue muy cuestionado desde fines de los años 60 por teorías críticas que destacan la existencia de una correspondencia entre la estructura de las relaciones presentes en el mundo de la producción y aquellas del mundo de la escuela (Althusser, 1974; Bowles & Gintis, 1976; Bourdieu y Passeron, 1988, 2003). Para Althusser (1974), el sistema educativo adoctrina a los que pasan por él haciendo que interioricen las normas y valores de la clase dominante, haciendo posible su sometimiento ideológico. Los contenidos y prácticas escolares conducen a los niños y jóvenes hacia un destino de clase al cualificarlos de forma diferenciada. En una perspectiva similar, Bowles y Gintis (1976) destacan que *“La correspondencia entre las relaciones sociales de la escolarización y el trabajo explica la capacidad del sistema educativo para producir una fuerza de trabajo sumisa y fragmentada (...) la experiencia de la escolarización y no meramente el contenido del aprendizaje formal, es central en este proceso”*. La idea es que el sistema educativo socializa de diferente forma según los niveles educativos: en los niveles inferiores de la escuela premia las cualidades de sumisión y obediencia (que suponen realizar un trabajo basado en normas externas impuestas), en el nivel medio se premia la seriedad y la fiabilidad (que suponen realizar un trabajo sin una supervisión constante basado en normas externas impuestas); y, por último, en los niveles superiores se estimula la iniciativa y la autonomía (que suponen realizar un trabajo en el que se controlan el proceso y los fines a partir de normas interiorizadas).

Bourdieu y Passeron intentan demostrar que las instituciones escolares legitiman y refuerzan las desigualdades sociales de origen de los estudiantes, a las que les dan

el carácter de dones naturales de inteligencia (Sidicaro, 2003). Además de las dificultades económicas que enfrentan los jóvenes de origen social humilde, estos autores introducen la importancia de obstáculos culturales: *“en cualquier terreno cultural que se los mida –teatro, música, pintura, jazz o cine, los estudiantes tienen conocimientos mucho más ricos y más extendidos cuando su origen social es más alto”* (Bourdieu y Passeron, 2003). Esta relación positiva está vinculada al hecho de que los estudiantes son juzgados con los criterios de la “élite cultivada”: *“La cultura de la elite está tan próxima a la cultura educativa que el niño proveniente de un medio pequeñoburgues no puede adquirir sino laboriosamente lo que está dado al hijo de la clase cultivada, el estilo, el gusto, el espíritu, en resumen, ese savoir faire y ese savoir vivre que son naturales a una clase, porque son la cultura de esa clase”* (Bourdieu y Passeron, 2003). De esta manera, el sistema educativo puede naturalizar y ocultar las desigualdades sociales al transformar las diferencias de clase en desigualdades individuales de talento y de acceso a la cultura.

Contrariamente a esta visión, Boudon (1973) se opone a la idea de que las diferencias encontradas en la educación se deban a divergencias culturales de diferentes clases sociales. Este autor plantea que las desigualdades educativas entre jóvenes de diferente origen social provienen de diferencias en las aspiraciones entre unos y otros. Su hipótesis es que la ambición tiene un carácter relativo: cada joven juzga su éxito escolar en relación a su origen social inicial (usualmente lo vincula al nivel de sus padres). De este modo, un mismo nivel escolar puede ser considerado elevado para algunos jóvenes y bajo para otros. Boudon formaliza el modelo del actor racional que realiza un cálculo entre los costos y los beneficios (esperados) en sus elecciones escolares. En esta perspectiva, las diferencias escolares derivadas de la posición social se deben a las diferentes decisiones que toman los jóvenes. Existiría

entonces una suerte de autoselección diferenciada socialmente (DuruBellat, 2002). Esta línea de investigación fue continuada por Goldthorpe (1996), Breen & Goldthorpe (1997) y Erikson & Jonson (2000) entre otros, quienes argumentan (como Boudon) que los jóvenes toman la posición social de sus padres como referencia de sus propias aspiraciones. A partir de allí, postulan que el mecanismo de aversión al riesgo relativo (RRA) es central en las decisiones de los jóvenes de hasta donde continuar la educación. Los jóvenes van a estudiar lo necesario para evitar una movilidad social descendente, de manera que cuando más alta sea la posición social de sus padres más lejos deberán llegar en el sistema educativo para evitar descender en la estructura social. Todos los jóvenes tienen el mismo objetivo (evitar descender en la estructura social), pero para lograrlo aquellos de origen social elevado deben estudiar más años que aquellos de origen social humilde y esto determina sus decisiones. En los últimos años se han multiplicado los trabajos empíricos basados en este enfoque y, a pesar de que el uso de técnicas econométricas cada vez más sofisticadas los hace muy atractivos, la perspectiva de la elección racional supone comportamientos en los actores que toman decisiones educativas que resultan muy difíciles de asociar a la mayoría de los jóvenes argentinos.

En Argentina, la masificación del nivel medio acontecida en los noventa produjo el ingreso de jóvenes que tradicionalmente estaban excluidos, hijos de los grupos sociales subordinados, “que traen consigo todo lo que ellos son como clase y como cultura” (Tenti Fanfani, 2000). Ante una oferta de educación escolar tradicional, muchos de estos jóvenes presentan dificultades de integración en las instituciones, fracaso escolar, deserción, y una “ausencia de sentido de la experiencia escolar”, producto de la confrontación de dos culturas, la de los jóvenes y la que es propia de la tradición escolar (Tenti Fanfani, 2000).

En el presente artículo nos enfocaremos en analizar si los jóvenes de clases sociales bajas acceden al sistema educativo con similares posibilidades que los jóvenes provenientes de familias de mayores ingresos. Para ello centramos la atención en dos indicadores: el porcentaje de jóvenes que acceden a educación universitaria, y el porcentaje de jóvenes que abandona el sistema educativo antes de completar el nivel secundario.

7. La clase obrera va al paraíso pero no a la universidad

“No es posible entender las desigualdades en la experiencia educativa desentendiéndose del análisis de otras desigualdades que marcan la vida de los individuos y sus grupos de pertenencia” (Tenti Fanfani, 2002)

Al analizar la evidencia empírica, queda claro que provenir de familias de diferente origen social determina una fuerte desigualdad en las oportunidades de los jóvenes de acceder a la educación⁹⁴. Para el año 2003, mientras el 80% de los jóvenes de clase alta de más de 18 años ha comenzado la universidad, el porcentaje disminuye a 65% para los de clase media y a sólo 26.5% para los de clase obrera. Se destaca dentro de la clase media la situación de los hijos de profesionales (tanto autónomos como asalariados) con porcentajes de asistencia a la universidad mayores aún que los correspondientes a la clase alta. Los hijos de profesionales presentan mayores posibilidades de reproducir los logros escolares de sus padres, y tal vez, heredar los puestos de los mismos. De la misma manera, los hijos de trabajadores en ocupaciones de menor calificación también reproducirán los mínimos logros educacional de sus padres, lo cual sólo les permitirá alcanzar ocupaciones en la base de la estructura (Espinoza, 2002).

⁹⁴ Dado que los jóvenes de entre 15 y 18 años no tienen edad de ir a la universidad, se consideraron únicamente los y las jóvenes de entre 19 y 24 años.

Tabla 3. Acceso a la educación de jóvenes de 19 a 24 años según origen social. Total de aglomerados urbanos. Año 2003

Clase			Acceso a educación universitaria	No completaron estudios secundarios
Alta			80,3 %	15,0 %
Media	Asalariados	Profesionales en función Específica (asal)	86,2 %	6,5 %
		Cuadros técnicos	67,5 %	15,9 %
		Empleados administrativos y vendedores	55,3 %	24,5 %
	Autónomos	Profesionales en función específica (no asal)	93,3 %	2,8 %
		Pequeños productores autónomos	62,6 %	20,5%
Promedio Clase media			64,8 %	18,8 %
Obrera	Autónomos	Trabajadores especializados autónomos	27,5 %	50,8 %
	Asalariados	Obreros calificados	31,6 %	40,0%
		Obreros no calificados	16,0 %	63,0%
	Trabajadores marginales	Peones autónomos	13,5 %	61,4 %
		Empleados domésticos	30,5 %	50,9 %
Promedio Clase obrera			26,5 %	49,26 %
SE- Inactivos			48,4 %	34,10%
Sin especificar			36,6 %	35,78 %
Total			42,3 %	36,8 %

Fuente: elaboración propia en base a la EPH.

A su vez, uno de cada dos jóvenes de entre 19 y 24 años de clase obrera abandonan el sistema educativo antes de terminar el colegio secundario, en muchos casos producto de los bajos ingresos del hogar, que obliga a adelantar la salida de los jóvenes al mundo del trabajo, aun antes de concluir su formación. Esta proporción disminuye a 18.8% para la clase media y a 15% para la clase alta.

La literatura rescata otras dos hipótesis que se complementan y se potencian con la anterior. Por un lado, la que interroga sobre las condiciones de educabilidad, circunstancias que se deben cumplir para que un adolescente pueda ser educado. Mientras las clases altas pueden invertir en la educación de sus hijos, las clases bajas muchas veces no pueden garantizar condiciones mínimas. Una alimentación inadecuada (o escasa), la falta de materiales, el cansancio (habitual en caso que trabaje) o la imposibilidad de concentrarse son indicios de una cotidianidad que dificulta el aprovechamiento de las prácticas educativas (López, 2004) y

consecuentemente obstaculiza la obtención del diploma asociado. La otra dimensión es de orden cultural, y confronta la cultura familiar del joven con la cultura escolar. Como bien señalan Dubet y Martucelli (2000): “*el éxito escolar de unos se debe a la proximidad de estas dos culturas, la familiar y la escolar, mientras que el fracaso de otros se explica por la distancia de esas culturas y por el dominio social de la segunda sobre a primera*”.

En una mirada más histórica, Tenti Fanfani (2002) destaca que cuando los jóvenes de sectores tradicionalmente excluidos del nivel secundario se incorporan al mismo (cuando se masifica este nivel escolar) se encuentran con que no es lo que esperaban; que si bien el secundario cumple con ciertas características formales (igual título, número de años, contenidos) ya no garantiza el acceso a determinadas posiciones sociales (empleo, ingresos, prestigio). Esto genera decepción en las familias y genera que éstas “debiliten su predisposición a invertir (no sólo tiempo y dinero, sino también esfuerzo, entusiasmo, etc.) en la educación media.

8. Posibilidades de valorizar la educación

Establecida la relación positiva entre clase social y nivel educativo alcanzado examinaremos si a igual nivel educativo persiste la influencia del origen social sobre las posibilidades de insertarse laboralmente. Para ello, calcularemos la condición de actividad para todos los jóvenes de entre 17 y 24 años que han

completado el nivel secundario. Se eligió el nivel de secundario completo por varias razones: es el nivel que usualmente demandan los empleadores para prácticamente cualquier empleo; es el nivel obligatorio en la provincia de Buenos Aires, donde vive un 40% de la población del país; y además, es el nivel que presenta mayor número absoluto de jóvenes, lo cual posibilita realizar la desagregación efectuada con coeficientes de error en niveles aceptables.

Tabla 4 Condición de actividad de jóvenes de 17 a 24 años con nivel secundario completo. Total de aglomerados urbanos. Mayo de 2003

Clase			Actividad	Empleo	Desocupación
Alta		Directores de empresas	79,2%
Media	Asalariados	Profesionales en función Específica (asal)	87,3%
		Cuadros técnicos	80,7%	45,6 %	43,5 %
		Empleados administrativos y vendedores	72,3 %	47,5 %	34,3 %
	Autónomos	Profesionales en función específica (no asal)
		Pequeños productores autónomos	80,2%	64,4%	19,6 %
Promedio Clase media			77,7%	54,1 %	30,4 %
Obrera	Autónomos	Trabajadores especializados autónomos	79,2 %	49,1 %	38,0 %
	Asalariados	Obreros calificados	74,5 %	42,2%	43,3 %
		Obreros no calificados	87,3 %	49,4	43,5 %
	Trabajadores marginales	Peones autónomos	74,3 %	33,0 %	55,6 %
		Empleados domésticos	87,7 %	57,7 %	34,3 %
Promedio Clase obrera			78,5 %	45,4 %	42,2 %
SE- Inactivos			69,8 %	49,10%	29,7 %
Sin especificar			73,3 %	52,2 %	28,8 %
Total			76,5 %	48,5 %	36,7 %

Nota (...) Se denota un coeficiente de error elevado – Fuente: EPH Indec

Mientras las tasas de actividad son relativamente similares para jóvenes de distinta clase social, se observan marcadas diferencias en las posibilidades de acceso a un puesto de trabajo (medidas por las tasas de empleo y desocupación). La tasa de desocupación de los jóvenes de clase obrera con estudios secundarios completos era un 38,8% mayor a la de los jóvenes de clase media con igual nivel de estudios en mayo de 2003⁹⁵.

Estas relaciones refuerzan la idea que el origen social tiene efectos directos e indirectos sobre la condición de actividad del joven. Los indirectos se manifestarían por intermedio de la posibilidad de acceder a la educación, ya que, si bien formalmente todos los jóvenes pueden acceder a ella, en la práctica existen marcadas diferencias según origen social. A su vez, acceder a diferentes instancias educativas, ya sea por los conocimientos adquiridos o por el diploma acreditado, otorga mayores posibilidades de obtener un empleo. Los directos pueden recuperarse del cuadro anterior, donde se aprecia que a igual nivel educativo, jóvenes de diferente origen

⁹⁵ Resultados similares pueden encontrarse si desagregamos a los jóvenes con secundario completo por estratos de ingreso familiar o de acuerdo a su condición de pobreza (Pérez, 2008).

social tienen diferentes tasas de empleo y desocupación, expresando así diferentes posibilidades de valorizar sus diplomas.

¿Qué variables pueden explicar estos efectos directos? Se vislumbra como trascendentes el lugar de residencia, la discriminación por parte de los empleadores, y las relaciones sociales (amistades, parientes, contactos en general) de los jóvenes y de su familia, las cuales les permitirían “valorizar” la educación que han adquirido. Otra variable central podría ser la calidad de la educación recibida, o la señal (buena o mala reputación) emitida por el establecimiento al cual concurre el/la joven. De esta manera puede ser que dos jóvenes con igual credencial educativa presenten importantes diferencias en cuanto a sus capacidades, destreza, habilidades, no captadas por el diploma. La discusión de esta problemática se torna central para explorar las causas de las desiguales posibilidades que tienen los jóvenes de insertarse laboralmente y deberían ser priorizada en futuras investigaciones.

9. Reflexiones finales

La posición en la estructura social ejerce una influencia central en las oportunidades de acceso al mercado laboral. En los últimos años, esta variable ha sido subsumida comúnmente en la de educación. Sin embargo, nuestro análisis indica que las diferencias en la educación no captan todas las desigualdades en las posibilidades de inserción laboral de los jóvenes.

Los datos analizados para la situación de los jóvenes en Argentina indican que la diferenciación en clases sociales sigue siendo pertinente. De acuerdo a nuestro humilde análisis de movilidad intergeneracional “inicial” existirían posiciones estructurales que se mantienen relativamente inalteradas en el tiempo (de una generación a otra) y son determinantes en las oportunidades laborales de los jóvenes. Fenómenos como el desempleo y el empleo informal se encuentran presentes en todas las clases sociales, pero su

incidencia es claramente diferente sobre cada una de ellas.

Se corrobora que la educación es central para determinar las posibilidades de acceso de los jóvenes al mercado de trabajo. Sin embargo, mirando un poco más atrás se percibe que no todos los jóvenes tienen las mismas posibilidades de ingresar y permanecer en el sistema educativo. Los jóvenes de clase obrera tienen la necesidad de participar más tempranamente en el mercado de trabajo, lo que los obliga a abandonar el sistema educativo prematuramente y dado sus escasas credenciales educativas los puestos que consiguen son forzosamente de baja calidad. De esta manera, revalidamos que el origen social es una variable trascendental para definir las chances de acceder a la educación y consecuentemente al mercado de trabajo.

Habría, entonces, una estructura de oportunidades muy desigual, sesgada a favor de aquellos jóvenes que ya están en posesión de un activo social sea por las mejores oportunidades laborales a las que acceden dado el activo laboral que ya posee su grupo generacional familiar, o por el mejor acceso que tienen a una escolaridad prolongada dado el capital cultural que ya posee el grupo familiar del cual provienen (Atria, 2004; Torche y Wormald, 2004).

Mejorar la desigualdad social es una cuestión clave para mejorar las posibilidades de inserción escolar y laboral de numerosos jóvenes de familias de bajos ingresos. Esta cuestión debería ser prioritaria al momento de diseñar políticas públicas, las cuales usualmente suelen estar orientadas a aumentar la “empleabilidad” de estos jóvenes, ya sea capacitándolos o bien enseñándoles a buscar un empleo. En este sentido, el presente trabajo procura no sólo destacar la trascendencia del origen social de los jóvenes en sus posibilidades de inserción, sino también –a partir de su interpretación ofrecer claves de lectura para propiciar un cambio y posibilitar un futuro más equitativo.

Referencias bibliográficas

- Althusser, L. (1974). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, en Escritos, Laia, Barcelona.
- Atria, R. (2004). Estructura ocupacional, estructura social y clases sociales. *CEPAL, Serie Políticas sociales 96*, Santiago de Chile.
- Beccaria, L. (1978). Una contribución al estudio de la movilidad social en Argentina. Análisis de los resultados de una encuesta para el Gran Buenos Aires: *Desarrollo Económico n° 17*.
- Boudon, R. (1973). *L'inégalité des chances. La mobilité sociale dans les sociétés industrielles*, París, Colin.
- Bourdieu, P. y Passeron, J.C (1988). *La reproducción*, Laia, Barcelona.
- Bourdieu, P. y Passeron, J.C. (2003). *Los herederos: Los estudiantes y la cultura*. Buenos Aires, Siglo XXI editores,
- Bowles, S. & Gintis, H. (1981). *La instrucción escolar en la América capitalista*, Madrid, Siglo XXI.
- Carabaña, J. (1995). Esquemas y estructuras. En *Desigualdad y clases sociales. Un seminario en torno a Eric Olin Wright*, Carabaña (edit), Madrid, Fundación Argentaria Visor.
- Chauvel, L. (2001). *Le retour des classes sociales?* Departement ds etudes de l'OFCE, IEP et OSC.
- Chauvel, L. (s/f). *Ralentissement de la croissance des catégories professionnelles moyennes*. http://www.inegalites.fr/IMG/pdf/L._Chauvel.pdf
- Chavez Molina, E. y Gutierrez Ageitos, P. (2009). "Movilidad intergeneracional y marginalidad económica. Un estudio de caso en el Conurbano Bonaerense". *Población de Buenos Aires, vol.6, n10*.
- Chávez Molina, E. y P. Molina Derteano (2009) "Movilidad Intergeneracional: Aproximaciones teóricas y empíricas en un barrio del 3° cordón bonaerense". Ponencia presentada en el 9° Congreso Nacional de Estudios del Trabajo ASET "El trabajo como cuestión central. El escenario post Convertibilidad y los nuevos desafíos frente a la crisis mundial", Universidad de Buenos Aires..
- Dubar, C. (2003). Sociétés sans classes ou sans discours de classe?. *Lien social et Politiques, RIAC, 49*, Francia.
- Dubet, F. (2003). Que faire des classes sociales?. *Lien social et politiques. RIAC, 49*, Des sociétés sans classes?.
- Dubet, F. y Martucelli, D. (2000). *En la escuela*. Buenos Aires, Editorial Losada,
- DuruBellat, M. (2002). *Les inégalités sociales à l'école: genèse et mythes*, París, PUF.
- Eckert, H. (2002). La place des jeunes entre mobilité et reproduction sociales. *En Quand les jeunes entrent dans l'emploi* (M.Arliand et H.Eckert coord.). Edit. La Dispute
- Erikson, R. & Jonson, J. (2000). Understanding Educational Inequality: the Swedish Experience. *L'Année Sociologique, 50*.
- Espinoza, V. (2002). La movilidad ocupacional en el cono sur. Acerca de las raíces estructurales de la desigualdad social. *Revista proposiciones*.
- Espinoza, V. (2007). *Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Buenos Aires: Continuidades, rupturas y paradojas en los noventa*. Disponible en http://www.facso.uchile.cl/sociologia/docs/Espinoza_Movilidad_BuenosAires.pdf
- Filgueira, C. (2001). La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina., Serie Políticas sociales 51, Chile, CEPAL
- Goldthorpe, J. & Erikson, R. (1992). The constant flux: a study of class mobility in industrial societies. Oxford, Clarendon.
- Goldthorpe, J. (1980). *Social Mobility and Class Structure in Modern Britain*. Oxford, Oxford Clarendon Press.
- Goldthorpe, J. (1983). Women and class analysis: in defense of the conventional view. *Sociology 17*.
- Goldthorpe, J. H. (1996). Class Analysis and the reorientation of Class Theory: the case of persisting differentials in educational attainment. *British Journal of Sociology 47*.
- Gonzalez, J.J. (1992). *Clases sociales: estudio comparativo de España y la Comunidad de Madrid 1991*. Conserjería de Economía de la Comunidad de Madrid.
- Jorrat, J. (1997). En las huellas de los padres:

movilidad ocupacional en el Buenos Aires de 1980. *Desarrollo Económico* n°37.

Jorrat, J. (2000). *Estratificación social y movilidad. Un estudio del área metropolitana de Buenos Aires*: Tucumán, EUdeT, Universidad Nacional de Tucumán.

Jorrat, J. (2005). Aspectos descriptivos de la movilidad intergeneracional de clase en Argentina: 2003-2004. Ponencia presentada en el 7mo Congreso Nacional de Estudios del Trabajo.

Kesler, G. y Espinoza, V. (2006). *Movilidad social y trayectorias ocupacionales en Buenos Aires: Continuidades, rupturas y paradojas en los noventa*. Santiago, LOMCEPAL.

López, N. (2004). *Equidad educativa y desigualdad social. Desafíos de la educación en el nuevo escenario latinoamericano*. Buenos Aires, IPE UNESCO.

Lozano, C. (2000). *El trabajo de los jóvenes*. (mimeo)

Parkin, F. (2001). "Estratificación social" En T. Bottomore y R. Nisbet (comp) *Historia de análisis sociológico* Buenos Aires, Amorrourtu-

Pérez (2008). La situación ocupacional de los jóvenes en la Argentina tras 5 años de crecimiento. *Calificaciones & Empleo* n° 59–suplemento. Convenio CEREQPIETTE, Marseille, Francia.

Portes, A. y Hoffman, K. (2002). Latin American Class Structures: their composition and change during the Neoliberal Era. *Latin American Research Review* n38.

Saint Martin, M. de (1967/68). Les facteurs de l'élimination et de la selection différentielles dans les études de sciences, en *Revue française de sociologie*, Paris: Citado en Sidicaro (2003)

Salvia, A. y Tuñon, I. (2002). *Los jóvenes*

trabajadores frente a la educación, el desempleo y el deterioro social en la Argentina. Fundación Friedrich Ebert. Serie Prosur.

Sidicaro, R. (2003). "La sociología según Pierre Bourdieu." en Bourdieu, P. y Passeron, J.C. "Los herederos: Los estudiantes y la cultura." Buenos Aires, Siglo XXI.

Tenti Fanfani, E. (2002). "Prologo" a Kessler G. *La experiencia escolar fragmentada. Estudiantes y docentes en la escuela media en Buenos Aires*. IPEUNESCO.

Torche, F. y Wormald, W. (2004). Estratificación y movilidad en Chile. Entre la adscripción y el logro. *Documento de trabajo de la CEPAL* 89. Serie Políticas Sociales.

Torrado, S. (1994). *Estructura social de la Argentina: 1945-1983*, 2da edición, Ediciones De La Flor, Buenos Aires:

Torrado, S. (1998). *Familiar y diferenciación social. Cuestiones de método*. EUDEBA, Buenos Aires:

Trottier, C. (2001). La sociologie de l'éducation et l'insertion professionnelle des jeunes. Dossier Entre éducation et travail: les acteurs de l'insertion. *Revue Éducation et Sociétés* 7.

Varela, J. (2007). *Sociología de la educación. Algunos modelos críticos. Diccionario Crítico de Ciencias Sociales*. Madrid y México Ed. Plaza y Valdés.

Wright, E.O. (1994). *Clases*. Madrid, Siglo XXI.

Wright, E.O. (1997). *Class Counts: Comparative Studies in Class Analysis*. Cambridge, Cambridge University Press.

Wright, E. O. (2004). *If Class is the answer, what is the question? Six approaches to class analysis*. (mimeo)

Anexo

La construcción del nomenclador de Condición Socio Ocupacional (CSO)

Para la construcción del nomenclador CSO se consideraron seis variables o características económicas (del jefe de hogar) que indican su inserción en el sistema de producción y distribución económica. Ellas son: 1) Condición de Actividad, 2) Grupo de Ocupación, 3) Categoría de Ocupación, 4) Sector de actividad, 5) Tamaño del Establecimiento y 6) Rama de actividad.

Como estas variables se relevan únicamente para la población activa (ocupados y desocupados que hayan trabajado previamente) aparece la dificultad de asignar la CSO para los jefes “inactivos”, dado que no existe información que permita determinar su pertenencia de clase (y, por lo tanto, la del resto de los integrantes de su familia)⁹⁶. Debido a que una proporción considerable (17%) de los jóvenes viven en hogares con jefes inactivos es que se creó una nueva categoría para incluirlos en las tablas.

Una vez explicitadas estas decisiones metodológicas enumeraré brevemente los principales pasos realizados para la construcción del nomenclador CSO.

- La condición de actividad del jefe de hogar define el conjunto de personas que servirán de base para realizar la estratificación (ocupados y desocupados con empleo previo).
- Se transforman las ocupaciones (y las tareas desarrolladas en ella) en Grupos ocupacionales. Para ello se recodifican las respuestas correspondientes a las preguntas 20 y 41 del cuestionario individual de la EPH (¿Cuál es/era el nombre de su ocupación y que tarea realiza/ba en ella?) clasificadas de acuerdo al Clasificador Nacional de Ocupaciones (CNO) (actualización 1998). Quedan conformados 9 Grupos ocupacionales: 1.Directivos, 2.Propietarios, 3.Profesionales, 4.Técnicos y Supervisores, 5.Empleados y vendedores, 6.Trabajadores especializados, 7.Trabajadores no especializados, 8.Empleados domésticos, y un último grupo 9."Sin especificar".
- Se define la posición en las relaciones de producción que corresponde a cada jefe activo a partir de la utilización cruzada de la Categoría de Ocupación y el Grupo ocupacional. Mientras los grupos ocupacionales quedaron establecidos en el ítem anterior, la categoría de ocupación permite establecer si una persona ocupada (desocupada) es (era) empleador, trabajador por su cuenta, asalariado o familiar no remunerado.
- Se diferencia en capas dentro de cada gran clase socioocupacional a partir de la combinación del Tamaño del Establecimiento (más o menos de 5 personas ocupadas) y el nivel de calificación de los trabajadores (que se infiere a partir de la variable grupo ocupacional).
- La clasificación cruzada de rama de actividad y sector de actividad busca diferenciar horizontalmente el conjunto de cada clase social

Este procedimiento permitió establecer 12 grandes grupos de CSO, agregables a su vez en 6 (estratos) y 3 clases sociales⁹⁷, tal como se expone a continuación:

⁹⁶ Una situación análoga se plantearía para aquellos jefes de hogar que son nuevos trabajadores (desocupados sin experiencia laboral previa), pero su frecuencia empírica de acuerdo a la EPH es ínfima (pareciera ser requisito tener o haber tenido un trabajo para ser considerado “jefe de hogar”) por lo cual no serán considerados.

⁹⁷ Recordemos que en este ejercicio empírico entendemos una “clase social” en un sentido amplio, como un subconjunto de actores que ocupan una posición social análoga en el proceso de producción económica. Para un análisis más detallado de la construcción de este indicador ver Torrado (1998).

Clase social y estratos Socioocupacionales definidos a partir de la CSO

Clase	Es trato	Condición socioocupacional
Clase Alta		Directores de empresa
Clase Media	Autónomo	Profesionales en función específica
		Propietarios de pequeñas empresas
		Pequeños productores autónomos
	Asalariado	Profesionales en función específica
		Cuadros técnicos y asimilados
		Empleados administrativos y vendedores
Clase obrera	Autónomo	Trabajadores especializados autónomos
	Asalariado	Obreros calificados
		Obreros no calificados
	Trabajadores marginales	Peones autónomos
		Empleados domésticos
Sin especificar		Sin especificar CSO

Fuente: Torrado (1998).